

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción En la Península: Un mes, 150 pts. — Tres meses, 450 id. — En el Extranjero: Tres meses, 10 id. — Número suelto, 010 cts. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales. **Redacción y Administración, Mayor, 24**

Condiciones. — El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg, Montmartre. **La correspondencia al Administrador**

Lecturas populares

EL AZÚCAR

Podrá no ser el azúcar un artículo de primera necesidad, pero lo parece, tal es el desarrollo que su producción y consumo ha adquirido á través de los tiempos, apesar de los esfuerzos de Napoleón, que interceptó, casi abolió mejor dicho, la importación del azúcar, lo que hizo elevar el precio de esta substancia á 4 y más pesetas libra. Napoleón no era pues, goloso, ni consentía que nadie lo fuera.

Pero, caído el génio, las cosas variaron de medio á medio, y mientras él saborea las amarguras de su caída, en Santa Elena, la Humanidad paladea con fruición las dulzuras del azúcar, señalándose en ello razas y pueblos determinados como pueden ustedes ver en la siguiente nota que representa el consumo anual en kilogramos por individuo en cada una de las naciones que se expresan:

Inglaterra	26'00
Estados Unidos	20'00
Holanda	11'00
Bélgica	10'00
Alemania	7'50
Suecia	7'10
Francia	7'00
Austria-Hungría	4'45
Rep. Argentina	4'15
Suiza	4'10
Portugal	3'75
Italia	3'70
España	3'00
Rusia	2'72
Turquía	1'50

Estos números demuestran no sólo aficiones particulares de raza ó de pueblo hacia el azúcar, sino algo más importante y serio que pone de relieve la necesidad del consumo de hidratos de carbono en los países fríos.

Y nótese algo así como un contraste en la Naturaleza entre la producción y el consumo del azúcar, producción que sólo es peculiar y propia de ciertos climas cálidos, así como su mayor consumo es patrimonio de los de bajas temperaturas. No se nos alcanza la explicación que pueda tener este hecho natural tan cierto y positivo como lo demuestran los números.

Dos grupos químico-naturales se disputan la importancia científica del azúcar: en el primero se reúnen todos aquellos azúcares que son capaces de entrar directa ó indirectamente en fermentación, mientras que el otro contiene todos los incapaces de fermentar. Desde el punto de vista industrial y práctico, el segundo carece de importancia: en él se hallan com-

prendidos la manita ó azúcar de maná y la inosita ó azúcar muscular que también abunda en las judías verdes ó bajocas, como diríamos aquí. El primer grupo es importantísimo: su importancia queda dicha con exponer que en él se encuentran la sacarosa ó azúcar de caña y la glucosa ó azúcar de uva. Ambas nos ocuparán en días sucesivos.

Que el azúcar es abundantísimo en la Naturaleza, no hay para qué decirlo: en la conciencia de todos está que lo mismo el reino vegetal que el animal la poseen en no pequeña proporción; apenas hay jugo vegetal donde no exista, y en cuanto al reino animal, recordaremos lo que hace un instante hemos dicho: que abunda en las carnes musculares (inosita), y añadimos ahora su presencia en proporciones más ó menos notables en la orina de los diabéticos, bien que aquí se trata de una producción anormal, pero natural á la postre y al fin.

Con lo dicho, y con algo más que prometemos decir, el lector tendrá bastante para formar una idea de la importancia que el azúcar tiene.

CORTADILLO

CUENTO DEL SÁBADO

JUAN MALO

Le despertó el atronador ruido de los instrumentos de la banda militar que, á la cabeza del batallón expedicionario, pasaba por el centro de la calle. En el atontamiento propio del que sale antes de tiempo del profundo letargo en que le sumió la embriaguez, una pregunta cruzó por su imaginación: «¿Qué es eso?» Una pregunta que inmediatamente quedó contestada así: «¡Ah, son los soldados que van á la guerra!»

Sintió vivos deseos de verlos, de acompañarlos hasta la estación del ferrocarril. Y aunque la dolorida cabeza le pesaba mucho y todos los músculos se resistían á cumplir el mandato de la voluntad, hizo un supremo esfuerzo, se puso de pie, salió tambaleándose á la calle, y contempló breves instantes la larga columna de tropa que pasaba ante él entre compactas filas formadas por el paisanaje, de las cuales surgían muchos grandes y pequeñas, ásperas y delicadas, que habían un adiós entusiasta y cariñoso á los futuros héroes. De algunas gargantas brotaban

ruidosos vivas que encontraban al punto eco más ruidoso aún. Muchas mujeres agitaban en alto sus pañuelos, llevabanlos luego á los ojos y los humedecían con sus lágrimas.

Antes de que terminara el desfile, Juan Malo aumentó el número de los que escoltaban el batallón; de los que, impulsados por la pena, por el cariño, por la simpatía ó por la curiosidad, se dirigían á la estación para dar allí el último viva á los centenarios de hombres que iban á defender la honra de la patria.

Quince minutos después, Juan Malo se vió en el centro de uno de los espaciosos andenes de la estación, rodeado por inmensa y apretadísima muchedumbre, enfrente del tren en cuyos carruajes comenzaban á entrar los expedicionarios. Era conmovedor el espectáculo que tenía ante su vista. A su derecha, una mujer del pueblo estrechaba frenética entre sus brazos a un soldado de cuerpo endeble, rostro descolorido y triste mirada; y le besaba apasionadamente humedeciéndole el rostro con las abundantísimas lágrimas que resbalaban por sus mejillas; y entre beso y beso, gritaba con infinita angustia. «¡Hijo de mi alma! ¡hijo mío!» Dos pasos más allá, otro militar se despedía de su padre y de su hermano, pasando de los brazos de uno á los de otro, sin que ninguno de los tres pronunciara una sola palabra; intenso dolor reflejándose en las miradas de todos ellos, especialmente en las del padre, un pobre viejo, á quien costaba grandísimo trabajo contener el llanto, y que lo contenía ante el temor de que, viéndole llorar, llorara también, delante de sus jefes, aquel arrogante mozo que ostentaba sobre las bocamangas de su cazadora de rayadillo los galones de sargento.

Era tarea imposible la de contar los grupos de esta clase que había en toda la extensión del andén, y los gritos que el sufrimiento y la desesperación arrancaban á las madres, á las esposas, á las hermanas de los que marchaban con forzada sonrisa en los labios á luchar contra enemigos salvajes y traidores. Un toque de corneta ordenó la separación definitiva de aquellas bocas y de aquellos cuerpos unidos por la doble atracción del cariño y de la pena. Las exclamaciones y los sollozos que exteriorizaban el dolor temerino se confundie-

ron con el grito ronco del silbato de la locomotora, con el clamoreo de los que vitoreaban al batallón, con las breves y hermosas frases que el amor á la familia y el amor á la patria inspiraban á los militares agolpados á las ventanillas de los carruajes y con las alegres notas musicales de un paso doble muy popular.

El largo congoy arrancó muy pausadamente... fué alejándose... se perdió de vista...

La muchedumbre abandonó el andén. Juan Malo, permaneció indeciso algunos momentos, sin saber que dirección tomar. El dolor y pesadez de cabeza, vestigios de la borrachera de la noche última, habían desaparecido casi por completo, indudablemente bajo la influencia que ejerció en su espíritu y en su sistema nervioso un espectáculo grandioso por varios motivos: por el dolor de los seres que no podían ocultarlo; por el orgullo con que los expedicionarios cumplían sus patrióticos deberes; por el penosísimo esfuerzo que realizaban los que también cumplían sagrada obligación ofreciendo á los que iban á luchar esos poderosos estimulantes que se llaman sonrisas cariñosas, frases alegres, miradas entusiastas, fuertes aclamaciones.

La tarde próxima á su fin, convidaba á dar un paseo. Juan Malo dirigióse á las afueras de la población, y al entrar en una alameda solitaria sintió ganas de permanecer allí, en medio de aquel silencio, de aquella quietud. No recordaba haber experimentado nunca la agradable sensación que embargaba su alma en aquel sitio suavemente alumbrado por los postreros resplandores del día.

Se sentó en un banco de piedra, á tiempo que llegaba á sus oídos, debilitado por la distancia, el silbido de una locomotora. Recordó entonces las dolorosas escenas del cuadro dramático representado poco antes en el escenario de la realidad, en la estación del ferrocarril. «¡Pobres madres! — pensó. Y enlazó con este pensamiento el recuerdo de la suya, de la santa mujer que no necesitó que los deberes militares separaran de ella á su hijo para sufrir y llorar mucho... ¡mucho! Indudablemente su madre lloró más y fué más desgraciada que otras madres que acababan de ver partir á sus hijos para la guerra. De-

be de ser horrible pensar «mi hijo ha ido á exponer su vida, ¿la perderá, Dios mío? Pero ¿no es más horrible aún esta reflexión? «Mi hijo se ha ecanallado; sus vicios le tienen en esclavitud vergonzosa; ha perdido la dignidad, la honra... ¿acabará su existencia en un presidio?»

Juan Malo, entregado á esta meditación, sintió de pronto la necesidad de imponerse á sí mismo la penitencia de evocar todo cuanto podía avergonzarle, todo cuanto podía hacerle sufrir la pesadumbre del remordimiento. A su pensamiento le sirvió de punto de partida el día en que aquella madre desventurada hizo un sacrificio más grande que todos los anteriores, y le sacó de la cárcel y le llevó al hogar paterno, abandonado por él hacia seis meses; y allí le abrazó frenética, besándole, humedeciéndole el rostro con las abundantes lágrimas que resbalaban por sus mejillas, gritando entre beso y beso, como gritaba la pobre mujer que despedía al soldado en la estación: «¡Hijo de mi alma! ¡hijo mío!»

Aquellos gritos, aquellas caricias querían decir: «¡Por qué no eres honrado? ¡por qué no eres bueno! ¡por qué no tienes compasión de la que te ha dado el ser, de la que te idolatra, á pesar de tu creciente desvío y de tu conducta cada día más censurable!»

Y él escuchó los gritos salidos del alma, y recibió las dulces caricias, con la misma indiferencia con que había oído anteriormente los consejos, las súplicas que la infeliz viuda le dirigía para separarle de malas compañías, para apartarle de la senda del vicio. Y al cabo de algún tiempo esa indiferencia convirtióse en profundo desagrado en el que tuvo origen un acto de brutalidad. A los ruegos maternales respondió un día con bestial amenaza. La pobre madre cayó al suelo sin sentido; él se marchó en busca de sus compañeros de infamias, que le aguardaban para gastar alegremente cierta cantidad adquirida por ilícitos medios.

No volvió á ver á la pobre mártir de su desamor y de su depravada conducta. Cuatro años hacía ya que la víctima dejó de existir y que el verdugo continuaba haciendo honor al apellido con que quedó reemplazado el suyo verdadero, cuando todavía no había llegado á la adolescencia. Llamábase Juan Bueno, y su madre,

en un arranque de indignación producida por las calaveradas del «monigote» que apenas contaba doce años, le dijo así: «Tú no eres Juan Bueno, tú serás «Juan Malo» mientras vivas». Y por Juan Malo se le conoció desde entonces. A él le agradaba mucho que le llamaran así.

En tres ó cuatro ocasiones, desde que murió su madre, vió turbadas las locas alegrías de una vida consagrada á la vagancia y á los placeres groseros, por una sensación dolorosa, mezcla de disgusto, de ansiedad, de vergüenza, de desprecio á sí mismo, de profundo desaliento. En cada una de esas crisis «caricivas» ideas del suicidio. Pero le faltaba valor para quitarse la vida... Le faltaba valor á él... ¡á él, que lo había tenido de sobra para cometer delitos, para provocar riñas con malones de taberna y hasta para amenazar con la frase y el puño á la mujer que le llevó en sus entrañas!

Pensando de nuevo en el grupo que la mujer del pueblo y el soldado de cuerpo endeble, rostro descolorido y mirada triste formaban al lado suyo en el andén de la estación, abarcó con rápido pensamiento las semejanzas que podrían existir entre él y aquel pobre muchacho. ¿En qué se asemejaban? En nada seguramente. Un muchacho honrado, buen hijo, buen patriota, buen militar. ¿En qué iba á parecerse á un canalla?

Y sin embargo, el hombre virtuoso, el hijo que hacía tanta falta á su madre, el ciudadano cuyos trabajos podían ser tan útiles á la sociedad, marchaba á la guerra, y probablemente moriría allí; y el hombre ennegado en el vicio, el ser inútil y despreciable, el reptil venenoso quedaba aquí, en completa libertad para continuar la larga serie de escandalosas hazas, seguro de que si la justicia le echaba mano para hacerle pagar, como la otra vez, alguna fechoría, no habían de faltarle cama, alimento y absoluta tranquilidad mientras permaneciera encerrado. ¡Qué injusticia tan grande!

En el tren que había salido aquella tarde ¡cuántos hombres honrados iban! ¡y cuántos infames se quedaban! ¡y cuántas lágrimas hubieran dejado de correr si los malos hubieran ido en reemplazo de los buenos! Mientras hubiera sangre emponzoñada que verter en el campo de batalla,

Se espondrán á nuestra vista
Con brillante ostentación.
Y dirá entera la Europa
Cuando vuestro triunfo vea,
La Nación que así pelea,
Es una grande Nación.

Españoles etc.

A vuestra vuelta os preparan
Nuestras bellas Amazonas
Inmarcesibles coronas
De palmas y de laurel,
Batid pues, á los infieles
Saciando la justa saña
Al grito de ¡Viva España!
¡Viva la Reina Isabel!
Al combate, valientes guerreros
Al combate, volando acudid
Y sentad, el honor castellano
Como en tiempos de Hernán y del Cid:
Por do quiera este grito resuene
¡Guerra á muerte á los perros del Riff,
¡Españoles, Santiago y á ellos
Pelead y venced ó morir.

Mariano Giménez.

1860.

Dios

Ven ateo,
ven de Dios á la presencia
y crearás como yo creo,
ven acá, trae tu conciencia.

No entre los vivos pretendo
convencerte,
que alejado del estruendo
mejor consejera entiendo
la soledad de la muerte.

Ven do no llegan los ecos
de la turbulenta ría,
donde se escuchan los secos
pasos que retumban huecos,
del humano que allí pisa.

Ven conmigo á esa prisión
de los humanos despojos,

Solo El pudo acabar
obra de tanta hermosura;
que nadie puede imitar
la divina arquitectura.

Y esas leyes que lo rigen
si nadie al mundo impusiera,
¿dónde están los que dirigen
y le marcan su carrera?

¿Dónde principio ha tenido
obra tan bien acabada?
¿Si no hay Dios, cómo ha surgido
tal portento de la nada?

Mira ese cielo infinito
y verás en él ateo,
el nombre de Dios escrito:
no lo lees? yo sí lo leo.

† Félix Pérez.

1879.

HIMNO GUERRERO

¡AL AFRICA!

Españoles, el África os llama
Al combate, el acero ¡gritad!
Y volad bajo el santo oriflama,
De Pelayo, Gonsalo y el Cid:
Del cañón, el horrisono estruendo,
Ya se escucha en las playas del Riff,
Y las hordas cobardes huyendo,
Os auguran campaña feliz.
Lanza al aire su rugido,
El león valiente ibero;
Y á la lid se lanza fiero
En defensa de su honor!
Pues las Agarenas tribas
Tan cobardes como arañas,
Insultaron sus banderas
Provocando su furor.

Españoles, el África os llama etc. etc.
Suenan bélicos clarines